

viera e incluso que no supiera de qué se trataba, como le sucede a cualquier vecino con las cosas más notables de su calle, que se le preguntan y resulta que no las había visto. Y yo estoy seguro que hay muchos en Alcázar que no saben donde está el Cristo del Amparo, estando desnudo y a la intemperie. Y de otras cosas menos significativas hay sorpresas de esas a montones, incluso con los vecinos no solo de la calle, sino de la misma casa. Y Manolo habrá dado miles de veces la vuelta a la esquina del Cadáver sin mirar a la acera de enfrente. En cambio los vecinos viejos, como mi abuelo Juan Pedro lo decían siempre que vivían en la Torrecilla, sin mencionar apenas la Puerta Cervera. Todo esto confirma lo que venimos hablando ya tiempo de la alineación de esta fachada norte con el arroyo y el camino de Herencia desde el torreón de Santa María y el del cementerio de San Juan, de los que es continuación.

Todos los demás elementos de la fotografía están como se ha referido muchas veces y exactos, pero Santa Quiteria ofrece ya desniveles del sitio por donde ha de reventar y tal vez se hubieran caído ya algunas piedras de las que el Ayuntamiento iba acumulando en el boquete para que no pasaran carros por si el retemblor hacía hundirse el edificio.

Me he lamentado muchas veces de que no se hayan aprovechado las diferentes obras para descubrir los cimientos de la muralla sin molestar a nadie, porque están ahí con toda seguridad. Ni una piedra debería moverse sin tener en cuenta esa probabilidad en todos los puntos de aquel barrio.

El hallazgo, descubrimiento y estudio de toda la cimentación de la muralla, aclararía con toda seguridad muchos problemas del Alcázar de la antigüedad y nos aficionaría al estudio de otros restantes.

Los infinitos observadores que han pasado gran parte de su vida mirando al reloj y a la puerta del cuarto del peso desde la esquina de la fuente, recordarán que las piedras del torreoncillo diferían en su color y en su labra de la arenisca rojiza, común en nuestros edificios. La piedra de este torreón era más clara de color y más firme de consistencia que la del resto del edificio, comida por el salitre como en los demás edificios del pueblo, pero en el torreón no, como se veía a simple vista desde en mitad de la plaza.

En realidad Castillo no cambió la entrada del Ayuntamiento, sino que hizo un edificio monumental de doble planta comunicado por la plaza de la Constitución y suficiente para el alojamiento de la Justicia Municipal de su tiempo, dejando la torre al camino como emblema de autoridad y gobierno de la correeduría, dándole la gente a sus bajos, en virtud de su función, el nombre de cuarto del peso, donde no solamente se contrastaban los pesos y medidas, sino que los trajinantes encontraban protección para sus artículos, como aquella vez que estaba el tío Sanchón sentado a la mesa y llegó un campesino con una carga de habas para que se las guardaran y no tener que traerlas al día siguiente.

—Déjalas ahí, le contestó Sanchón.